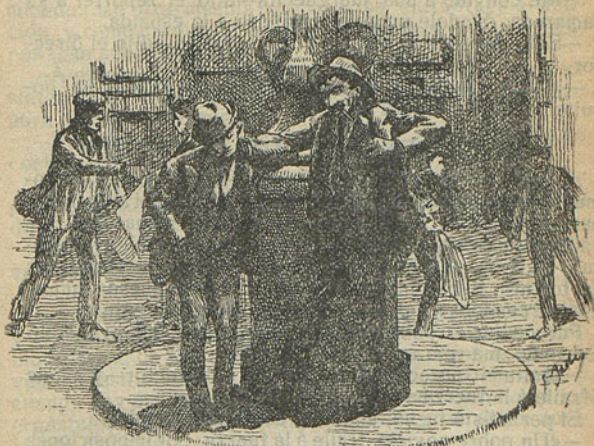


CULTURA POPULAR

Lluvia menuda



MIENTE, QUE... MUCHO QUEDA

I

—Escribe—decía el reporter al periodista, en la sala de redacción de un periódico radical furibundo,—escribe el notición que me he inventado, y luego mucha sal y pimienta en los comentarios, pero sin compromisos... ¿eh?

—No seas guasón—contestó el periodista.—¿Me crees tan novato en achaques de prensa radical, que no sepa calumniar sin mostrar el bulto?

—A ver, lee.

—«Se nos dice que en un convento de...» ¿De dónde pongo?

—Pon de Hungría; bien lejos: así nadie podrá enterarse. Y no escribas «se nos dice»; conviene mentir á plomo. Y dí que viene el telegrama de Budapest. Todo esto da veracidad á la noticia.

—Tienes razón que te sobra.

El director llegó en esta sazón.

Biblioteca Nacional de España

—¿Habéis tramado algo bueno?—preguntó.—Se necesita una noticia sensacional: ya sabéis la prima ofrecida, doce duros, que no son grano de anís.

—Me convido á una juerguecita—dijo el reporter á su camarada, dándole un golpe cariñoso á la espalda.

—Si lo merecen la noticia y comentarios—dijo el director.

—¿Que si lo merecen?—contestó el periodista un poquito ofendido.—Oiga usted:

LOS CRÍMENES DE UN CONVENTO

... Esto en letra gorda.—París.—Aquí fechas.—«Comunican de Budapest que en un convento de Hungría se han descubierto verdaderas atrocidades monacales. En un ergástulo subterráneo se han hallado hornillos, tenazas, garfios, disciplinas de hierro y otros instrumentos de tortura. Esparcidos por el suelo, había huesos humanos carcomidos y, en un rincón, un esqueleto entero.

Parece que un pobre novicio se escapó del ergástulo forzando una reja...

—Quita el «parece»—interrumpió el director—y añade «fraile á la fuerza».

El periodista tachó, añadió y continuó leyendo:

—«Un pobre novicio, fraile á la fuerza, por imposiciones ajenas á su voluntad, fué encerrado en el ergástulo, pero pudo escaparse forzando una reja, y acudió luego á los tribunales. La justicia se personó en el lugar de autos y llevó prisioneros...» ¿A quién pongo?

—¡A todos los frailes, recanastos!—rugió el director, y añadió luego con una risita mansa.—¡Cualquiera se entera de la veracidad del telegrama!... París, Budapest, Hungría... Échele usted un galgo á la verdad. Y ¿qué más?

—Del telegrama, nada más. Ahora sigue un artículo á guisa de comentario.

—¿Título?

—*La Inquisición frailuna en pleno siglo veinte.*

—Muy bien. Clava la pluma hasta el codo, y vengan frases que chorreen bilis

—No tenga usted cuidado.

—Merece vuestra labor la recompensa ofrecida. Tomad.—Y el director puso, apiladitos encima del escritorio, los doce duros...

En el café Hache, que el lector puede sustituir por cualquier cafetín-garito, de esos en que hay cine fresco y can-

te flamenco por todo lo... sucio, estaban al rededor de una mesilla nuestros dos *héroes*, autores del notición de marras, saboreando el éxito de su mentira con tragos de coñac con que remojaban la opipara cena que habían terminado. En otra mesilla contigua se encontraba el notición, y como los que de él hablaban gritaban recio, los grupos iban acudiendo allí.

—A esta peste de frailucos y curas y monjas—decía un sietemesino encanijado—hay que retorcerles el pescuezo para que terminen sus fechorías.

—Y ¿por qué no se hace?—preguntó uno con cara de costurones.

—Porque no hay gentes de redaños, ni hombres de puños,—gritó el sietemesino alzando los dos puñitos flacos de muñeco.

—Pero ¿qué han hecho los frailes?—preguntó uno que entonces llegaba.

—Una de las suyas.

—Atiende—dijo el de los costurones, y leyó el notición y el comentario. «El pueblo, decía leyendo, el pobre pueblo, víctima de las cogullas, manda sus hijos a los conventos; estos centros de inmoralidad los corrompen, y cuando hay almas enérgicas que resisten, los bajan a los ergástulos y allí los martirizan. Ejemplo: el pobre novicio de Hungría.»

—¿Lo han martirizado los frailes?

—Empezaban a torturarlo, pero logró escaparse.

—Y ¿quién dice eso?

—Un telegrama de Budapest.

—Parece mentira ¡Qué iniquidad!

—Y hallaron huesos humanos en el subterráneo.

—¡Qué infamia!

—¡Mueran los frailes!

—¡Mueran!—gritaron todos.

A estas voces, de todas las mesillas fueron acudiendo grupos, y á berridos apellidaron á los religiosos con todas las palabras feas del diccionario.

Los dos calumniadores saboreaban entre tanto un habano. El reporter murmuraba:

—Luego dirán que la mentira no fructifica...

—¡Bah!... poquita cosa,—contestó el otro con displiencia

—¡Vaya si fructifica! Mira el fruto...—y el reporter arrojó una bocanada de humo aromático.

—Fruto huero: humo, miseria, vanidad de vanidades... Así dicen los Curas.

Los dos se rieron y, asidos del brazo, ardiéndoles la cabeza, no muy seguras las piernas, salieron del cafetín.

El fresco de la noche despejó las frentes enardecidas de los dos *chicos* de la prensa. Ambos se apoyaron contra un farol. Estaban en una de las principales arterias de la ciudad. El reporter dobló la cabeza, en actitud meditabunda, con la seriedad de un borracho.

—¿Qué meditas?—preguntó el periodista.

—Meditaba en que... No te enfades: entre nosotros puede decirse. Pensaba que somos un par de pillos de la pluma.

—¡Bah!... ¿Te querías confesar?

El reporter soltó una atrocidad contra la gente de sotana, disipando así la protesta que alzaba su conciencia entre los humos de aquella mediana borrachera.

Un hombre pasó entonces gritando:

—«El Diario de la Noche», con las crueldades de los frailes.

Un transeunte compró el periódico; luego otro, y otro. Por una calle contigua desembocó una mujer gritando también:

—«El Diario de la Noche», con la noticia de la Inquisición de los frailes en Hungría...

Vendía á diestro y siniestro.

—«El Diario de la Noche»—mugía un zangarullón,—con los asesinatos cometidos por los frailes...—Y el periódico se vendía incesantemente, se desparramaba, se leía con avidez, llenaba de odios los corazones, saturaba el ambiente de rabia, hacía surgir maldiciones contra los religiosos...

... Todo lo contemplaban los calumniadores, y aún se reían los miserables. Un callejón oscuro se abría delante de ellos.

—¿Vamos *allá*?—dijo con guiño truhanesco el periodista.—Se me han pegado tus escrúpulos y hay que matarlos.

—Item digo: vamos *allá*;—y se metieron en la callejuela y se perdieron en sus sombras...

A lo lejos se oía, mezclado con los ruidos de la grande urbe:

—¡El Diario de la Noche!

M. S.